

Una cordada prodigiosa

Une histoire de cordée

Supongo que es debido al mal tiempo pero las conversaciones alrededor del café son monótonas, todos y todas hablan de las contagiosas separaciones amorosas que se suceden en esta primavera tan gris, todas lloran los desamores, y todos buscan el reconfor en el vaso medio vacío, en medio de la conversación mi mirada está perdida en la cara norte de la Aguille du Peigne, en ese momento, alguien me pregunta por mi disipada opinión, mirándole fijamente a los ojos le pregunto si alguna vez ha llorado por la ausencia de un compañero de cordada, mi respuesta les aturde y cambio de tema tan rápido como puedo para no hacer notar mi tristeza en este mundo tan viril como es el de la montaña.

Hace unos días me crucé con Jordi en una gite, ese lugar en que los guías intentan decorar con sus chaquetas roídas por el tiempo y viejos posters de cuando todavía se escalaba con mallas de colores, lo hacemos para sentirnos como en casa, y a la hora de las infusiones y después de habernos contado todas las proezas y haber desenredado todos los desamores, al final de esa conversación, Jordi, me pregunta por él, Y Christian, ¿cómo está Christian ?

Hace tres meses que llené el viejo ZX que me regaló mi madre para que pudiese descubrir mundo y me lancé a la aventura alpina, dejé Pau en medio de un aturdimiento amoroso, pasé por la cordonerie a explicarles que me marchaba unos meses a los alpes y después subí al tercer piso donde vive Christian, le expliqué la situación y tras unos abrazos me dió una caja de higos secos y una botella de vino para que el camino se me hiciera más dulce.

Conocí a Christian en un área de autopista, vino a buscarnos y nos invitó a cenar a su casa para hablar de temas de trabajo con mi hermano Simón, yo hacía de interprete, de simple traductor, pero enseguida comprendí que aquel tipo con el pelo negro mal peinado y la mirada brillante era alguien especial, al cabo de unos meses estaba viviendo en su casa, me abrió las puertas a un nuevo mundo ; el Pirenaico, con todo lo que conlleva, tanto él como su familia, me acogieron y me arrojaron con mis veinticinco años, en una época en la que yo buscaba rehacer mi vida y formarme como carpintero, apenas escalaba en aquellas fechas.

Forzosamente al compartir mi vida con ellos, Christian me llevaba a escalar, supongo que le parecería majo y agradable, con él la montaña era divertida, algo espontáneo y excitante, con un toque arriesgado desde el momento en el que acomodaba mi culo en su viejo peugot 406. Las curvas se sucedían a una velocidad espeluznante, pero confiado, liaba cigarrillos y le contaba mis aventuras de joven punki en la Rioja, después de haber esquivado tres vacas a 80 km por hora y haber pasado tan cerca del guarda railes que no hubiera cabido un suplemento del país semanal entre el coche y la estructura metálica, ese día abrimos nuestra primera vía juntos, estábamos con mi hermano Simón , la vía la llamamos « Los Estudios de Martín », en el valle de Hecho, lugar que luego lo convertitíamos en nuestra segunda casa. Llegamos a la cumbre contentos y en medio de un abrazo nos fundimos los tres forjando lo que sería una cordada inseparable ligada por una fuerte amistad.

Desde ese día, creo que no hemos dejado de vernos, cada rato en Pau era perfecto para tomarnos un café en su casa, en la mía o en la cordonerie, siempre con ganas de vernos, contentos de contarnos alguna batalla o llorar algún disgusto, la cantidad de tabaco que hemos compartido habrían provocado cancer al cualquier persona carente de alegría, eso es lo que nos hacía tan fuertes, la alegría de estar juntos. Así pasaron seis años, en un abrir y cerrar de ojos, durante ese tiempo dejamos más de doscientos pitones y un buen puñado de expansiones en las paredes de las sierras prepirenaicas, abrimos alrededor de cuarenta nuevos itinerarios en el macizo y en lugares tan secos que ni el cereal crece con soltura,

Fue él mi hermano mayor, cuando Simón estaba lejos, fue amigo, fue padre, fue madre, es doctrina, fuente de motivación y de regulación cuando yo estaba sobre excitado, una glándula

tiroidea que segrega paz, cólera, alegría y tristeza , todo en su justa medida. Siempre estaba ahí para un rato de plática al caer la tarde.

Hace tres meses que vivo en Montroc, un pequeño pueblo encima de Chamonix, la nieve acaba de desaparecer y deja paso a las flores que decoran ahora los salones de todas esas chicas que intentamos seducir, la vida en la capital alpina es alborotada y divertida, las escaladas se han menguado para transformarse en un oficio, el de guía de alta montaña, estraña incoherencia, este trabajo todos sabemos que es peligroso y que la idea de formar una familia siendo guía es algo todavía más arriesgado, a pesar de esto seguimos levantándonos por la mañana con una extraña motivación por conocer lugares nuevos y dar un fuerte abrazo cada vez que culminamos una cumbre o festejamos una derrota. Hasta cuando durará esta pasión.

Con christian hablamos por teléfono una vez por semana, mi formación como guía va viento en popa y se lo cuento alegremente para que se sienta orgulloso de todo lo que me ha enseñado.

Hoy le he vuelto a llamar, ha descolgado el teléfono y me ha respondido : c'est bon ? ; Tu est rentree dans les Pyrenees ?? Luego yo, he llorado al sentir que le echaba de menos.

Martin Élias